

LIBROS

Fabrizia Ramondino
GUERRA DE INFANCIA Y DE ESPAÑA

Susie Boyt
AMADA Y PERDIDA

Christopher Clark
PRIMAVERA REVOLUCIONARIA

Juan Francisco Fuentes
BIENVENIDO, MISTER CHAPLIN

Gaziel
PLÁSTICAS LITERARIAS

Berta García Faet
CORAZONADA / EL ARTE DE ENCENDER LAS
PALABRAS

MEMORIAS

En busca de la infancia perdida

por David Jiménez Torres



Fabrizia Ramondino
GUERRA DE INFANCIA
Y DE ESPAÑA
Traducción de Celia Filipetto
Barcelona, Libros del
Asteroide, 2024, 488 pp.

En 1937, el diplomático italiano Ferruccio Ramondino fue nombrado cónsul de su país en Mallorca. La designación tenía una relevancia especial dado el contexto de la Guerra Civil española —en la que tan implicado estaba el gobierno de Mussolini— y la ubicación estratégica de las Baleares. Ramondino se trasladó a la isla con su familia y permaneció allí hasta 1943, cuando la invasión aliada de Italia hizo colapsar al régimen que lo había nombrado.

Seis décadas después, la hija mayor del cónsul publicó un libro centrado en aquellos años. Fabrizia Ramondino, que para entonces había desarrollado una carrera literaria notable con títulos como *Alibénopis*, y que había sido elogiada por figuras como

Natalia Ginzburg y Elsa Morante, decidió regresar a su infancia mallorquina en un texto que mezclaba autobiografía y ficción, y que ahora recupera Libros del Asteroide para el público hispanohablante.

Conviene tener en cuenta esa distancia temporal entre las experiencias que se relatan y el momento de publicación de la obra, puesto que ayuda a comprender el valor de *Guerra de infancia y de España*. El aspecto más llamativo, a primera vista, es el momento histórico que enmarca las experiencias de la narradora, a caballo entre la tragedia española y la europea. Al inicio, Ramondino escribe que desembarcaron en la isla cuando los almen-dros estaban en flor y el blanco de sus corolas se mezclaba con “los huesos pelados en los campos”. Luego aclara: “en previsión de nuestra llegada, habían matado a todos nuestros enemigos”. Siete años después, el regreso de la familia a Italia está marcado por la presencia de soldados británicos y por el incierto panorama de la posguerra. Entremedias, la narradora conocerá a aviadores italianos destacados en Mallorca, recibirá cartas en las que su abuela describe los bombardeos aliados sobre Nápoles, y escuchará muchas frases sueltas acerca de esa guerra que primero está en

un sitio y luego en otro, pero nunca ante sus ojos.

También es de gran interés el retrato que se hace en estas páginas de Mallorca en los años treinta y cuarenta. Las distintas clases de la sociedad insular aparecen tanto a través del servicio de la casa —en el que ocupa un lugar destacado la figura de la nodriza— como en el colegio de monjas al que es enviada la narradora. En las experiencias de la protagonista se cuelan desde las *rondallas* mallorquinas hasta los prejuicios contra los *xuetas*; y también cobran importancia las dos lenguas que aprende en la isla, con muchos diálogos en catalán insular que moldean la subjetividad de la narradora. Como ella misma explica, “mis padres creían que me daban dos nombres para cada cosa, sin saber que en realidad me daban dos cosas por cada cosa”.

En cualquier caso, lo que brilla especialmente en esta obra, y lo que le otorga un valor literario que trasciende lo histórico-testimonial, es la prodigiosa recreación que hace Ramondino del universo mental de la infancia. Esta se hace patente en la descripción del entorno —ya sean las habitaciones de la casa familiar o las flores de los campos cercanos—, siempre paciente y atenta al color

inesperado, a la impresión asombrosa. El paso del tiempo y de los acontecimientos obedece igualmente a una lógica oculta —de pronto se juega con un hermano pequeño que antes no existía; una criada es despedida y reaparece en el episodio que se aborda varias páginas después—, dando fe de lo que Daniel Capó indica en el prólogo: en esta obra, “el espacio crea el tiempo y no a la inversa”. Los razonamientos de la narradora —anárquicos y coherentes, perplejos y creativos— reconstruyen el pensamiento mágico de la mente infantil, en un ejercicio tan difícil de afrontar para el escritor adulto como impresionante de leer cuando se ha ejecutado con éxito. Así se va construyendo una textura delicada y llena de vitalidad que transforma las experiencias relatadas en ese “tesoro extraviado” que también menciona el prologoista. Un tesoro que Ramondino recupera a través de la imaginación y la palabra.

La centralidad de la infancia queda recalcada, además, por la autonomía que esta tiene en el desarrollo de la obra. La evolución de la protagonista no está supeditada al contexto histórico y social, sino que ocurre más bien al revés: los ecos de la guerra y de la sociedad insular cobran importancia según resuenen en su mente, y siempre en competencia con otros elementos, como los juegos infantiles o los regalos que le trae el padre cuando está enferma. La expulsión del Edén de la niñez —el aspecto que, junto con la guerra y el ambiente mallorquín, termina de emparentar esta novela con la *Primera memoria* de Ana María Matute— está determinado por la ley inexorable que pone fin a toda inocencia, y no por la intervención de algún actor o acontecimiento históricos. Estos, si acaso, la acompañan, como una valija más en el viaje vital de la narradora. *Guerra de infancia y de España* puede ser leída, por tanto, como un valioso testimonio de un tiempo y un lugar muy particulares; pero es, sobre todo, el empeño de una

gran escritora por dar fe de una experiencia universal. ~

DAVID JIMÉNEZ TORRES es escritor y profesor de historia contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid. En 2023 publicó *La palabra ambigua* (Taurus).

NOVELA

Caperucita feliz

por **Aloma Rodríguez**



Susie Boyt
AMADA Y PERDIDA
Traducción de Magdalena Palmer
Madrid, Muñeca Infinita,
2024, 248 pp.

Amada y perdida es la primera novela de Susie Boyt que se traduce en España. Hija pequeña del pintor Lucian Freud, columnista en el suplemento ‘Life & Arts’ del *Financial Times*, Boyt es autora de varias novelas, dirige el Hampstead Theatre y publicó un libro de memorias en 2009, *My Judy Garland life*, titulado así en referencia al modo en que superó el duelo por la muerte accidental de su novio a los veinte años: viendo cada día un recopilatorio de las actuaciones en directo de Garland. *Amada y perdida* es una ficción: Ruth es una profesora de literatura que vive modestamente en Londres y se hace cargo de su nieta cuando esta es un bebé. La madre del bebé e hija de la profesora es adicta a la heroína, vive en un piso que compró Ruth con el dinero que el padre le dio a cambio de no hacerse cargo de nada más. Ruth es protagonista y narradora de gran parte de la novela y reparte sus días entre las clases, la crianza de su nieta y los remordimientos y el cuestionamiento de sus decisiones. La sombra de la adicción de su hija es larga y pesada: el impulso autodestructivo se manifestó pronto y uno de sus

primeros síntomas fue la ruptura con la madre. Pero el tono del libro no solo es luminoso y alegre: incluso cuando Ruth se pone confesional y cuenta su mal comportamiento, siempre se mantiene alejada del tremendismo. *Amada y perdida* se centra en cómo una abuela teje con su nieta un vínculo basado en el cariño, cómo ese amor incondicional va creciendo en las dos direcciones. No es que el cariño de la nieta repare la pérdida de la hija, pero algo hace, desde luego. En ese sentido, es refrescante el enfoque feliz al hablar de cuidar y criar a un niño, como lo es la falta de reproche, castigo o culpa: en esta novela hay una comprensión natural del cúmulo de circunstancias que hacen que las cosas terminen siendo como son que resulta casi un exotismo entre las novedades editoriales que tocan el tema madres-hijas.

“Estar con alguien que agonizaba era curiosamente similar a la espera de un parto. La misma concentración, esfuerzo, ralentización de la realidad y la textura abierta de todo. Tratar de estar a la altura de la inmensidad de la ocasión y sentir que lo que estaba en juego era demasiado para mí o que yo era demasiado joven para tales niveles de responsabilidad, que cualquiera lo sería. No dejar que se fuera era demasiada responsabilidad. Me di cuenta de que había pasado gran parte de mi vida manteniendo vivas a otras personas”, piensa Ruth mientras acompaña a Luke, el marido de su amiga Christine, en su agonía. Parte del encanto del libro está en Ruth y en su voz: es humana, es contradictoria, es generosa y torpe, quizá el modo en que se quedó con su nieta no fue el mejor, tampoco está orgullosa de otras cosas, es consciente de la paradoja que es ser una profesora cercana que ayuda a sus alumnas adolescentes y no tener apenas trato con su hija desde la adolescencia de esta. También es graciosa y da buenos consejos: “No conviertas en un pasatiempo desaprobarte los defectos ajenos, por excitante que sea, te envenena. Lee todos los días: es

una práctica que dignifica al ser humano. Conviértete en una gran lectora de libros y eso te ayudará con la realidad, captarás más fácilmente la verdad de las cosas y te preparará para la vida. Y no expongas tu cerebro a formas artísticas de baja calidad porque te contaminarán de una forma u otra.”

De entre sus amigas, destacan dos, Christine y Jean; la relación con esta es la que vemos crecer más, va ganando en confianza, hay un periodo de distancia entre Ruth y Jean, que gana en protagonismo en la novela. Eleanor, la hija adicta, es un personaje guadianesco, diría tanto para el lector como para las dos narradoras de la novela y también para la escritora. Lo que sabemos de ella es a través de lo que cuenta Ruth, de ahí que sea tan difícil de lograr ese equilibrio que ha conseguido Boyt con su narradora. El amor desbordante de Ruth hacia su nieta la hace ser a veces cursi, una tonta enamorada, digamos, pero eso no hace que el libro sea cursi en absoluto, en parte porque la primera sorprendida es Ruth: “Lily tejía redes de esperanza y afecto. Migas y risas en las sábanas desordenadas. Yo no necesitaba nada más. Era como ser Dios o la reina. La sensación de lujo cuando me acostaba a su lado en las frescas sábanas cuidando de no despertarla, la alegría apacible, casi inexpresable.” En parte, gracias a comentarios como estos: hablando de funerales, Jean dice “No son tan malos como las bodas. Al menos el daño ya está hecho.”

La novela avanza y hay una especie de segunda parte que funciona casi como epílogo, donde cambia de narradora. Es una decisión arriesgada, de la que Susie Boyt sale más que airosa. *Amada y perdida* es una novela triste y luminosa, no hay moralina encerrada, solo el placer de una buena historia con personajes carismáticos y humanos. ~

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2024 ha reeditado *Los idiotas prefieren la montaña* (La Navaja Suiza).

HISTORIA

El discreto encanto de las revoluciones

por Isabel Burdiel



Christopher Clark
PRIMAVERA
REVOLUCIONARIA. LA
LUCHA POR UN MUNDO
NUEVO 1848-1849
Traducción de Eva
Rodríguez Halffer
Barcelona, Galaxia
Gutenberg, 2024, 984 pp.

Christopher Clark confiesa en la introducción de su libro que la combinación de complejidad y fracaso es una mezcla poco atractiva. Muy especialmente si se es un joven estudiante o lector de historia.

De un buen libro de historia se puede hacer *spoiler* si, además de decir en qué consiste, se habla de sus conclusiones. Tan solo quiero señalar que Clark consigue hacer luz en uno de los fenómenos revolucionarios más singulares de la historia del siglo XIX y aun del XX o XXI: las revoluciones de 1848, únicas por su intensidad, simultaneidad y extensión geográfica. Muy intensas en Europa, que fue su epicentro, pero con repercusiones que llegaron a Oriente Próximo, el Caribe, Australia, Latinoamérica y los confines de los imperios otomano y ruso.

Fue una revolución política y social en favor de medidas contra las condiciones de vida y de trabajo que había traído consigo el nuevo capitalismo, como por ejemplo trabajar incansablemente y no poder de ninguna manera salir de la pobreza, al tiempo que el progreso y la riqueza se convertían en objetivos y señales definatorios de una época. Fue una revolución interclasista protagonizada por las clases populares, pero también por las clases medias, en la que demandas sociales y de representación política (para poder cambiar las leyes que

afectaban a las primeras) se combinaron con aspiraciones nacionalistas y viejos rencores identitarios. En ella se consagraron actores carismáticos que aún hoy se recuerdan en sus países y a veces fuera de ellos, como Garibaldi, Marie d’Agoult, Alexis de Tocqueville, el patriota húngaro Sándor Petőfi, Félicité de Lamennais, George Sand o el nacionalista italiano, un verdadero hombre del pueblo, apodado *Ciceruacchio*. Sus historias se entremezclan, saltando las barreras sociales o poniéndolas en cuestión.

Aquellas revoluciones fueron fundamentales para entender procesos como la creación de los Estados-nación italiano y alemán, pero tuvieron una dimensión mundial y un afán en muchos aspectos universalista combinados, y esa combinación es especialmente interesante y explosiva, con fuertes connotaciones y aspiraciones nacionalistas. El socialismo incipiente, el radicalismo democrático, el nacionalismo, el corporativismo, el liberalismo respetable y el conservadurismo se pusieron a prueba en aquellos meses y, aunque tan solo los últimos obtuvieron rédito inmediato, aquella enorme convulsión global no solo luchó por un mundo nuevo sino que, en buena medida, lo construyó. Alexis de Tocqueville y Karl Marx intentaron entender lo que pasó durante y después. Tan solo lo lograron en parte abonando la tesis del fracaso desde perspectivas muy distintas, lastradas por sus propias ideologías y por la falta de distancia para entenderlas históricamente. Bismarck, que era todo menos un revolucionario, sí las entendió —al menos en una parte de sus consecuencias—. Para él, en sus memorias, era evidente que sin la revolución jamás habría podido hacer política y llegar a alcanzar el poder que alcanzó. Para los revolucionarios rusos, fue un momento de cambio de rumbo decisivo, desde la fascinación por Europa al repliegue hacia un modo de acción política propia. El Imperio otomano se convirtió,

sorprendentemente, en refugio para los radicales perseguidos e inició su propio camino de reformas.

Este libro demuestra lo que se puede hacer cuando se celebra y analiza la complejidad de lo que entendemos por historia, por éxito y por fracaso. Una revitalización de lo que se jugaba entonces y de lo que tiene que decirnos aquel juego para el que ahora nos apremia. Christopher Clark es demasiado británico (de adopción) para dejar que la teoría se exhiba en su obra como la etiqueta de un traje que se quiere lucir. Pero está ahí, en este libro que resulta tan memorable, o más, que *Sonámbulos*—su historia sobre el camino que llevó a la Primera Guerra Mundial.

El verdadero potencial de la historia transnacional y global—que tanto se banaliza y a la que tanto se alude en estudios que juguetean con el tiempo y con el espacio y que en el mejor de los casos son entretenidos—, la importancia de la historia de las mujeres y sus formas de protagonismo, las relaciones entre lo individual y lo colectivo en un juego de escalas que se reformula muy sustancialmente en términos de la visión que de su sociedad y de la política de su tiempo tienen los individuos y cómo esta afecta a la definición de “la gama de los posibles” y a la memoria (memorias) que queda de ello. De qué manera podemos y debemos escribir historia recordando que los individuos no pueden explicar completamente un grupo, una comunidad o un movimiento colectivo y que lo mismo es cierto a la inversa. También que la tensión entre hechos y ficciones, verdades y mitos, emociones y razón es una tensión insoluble en el esfuerzo por explicar las decisiones históricas, los procesos a corto, medio y largo plazo de lo que pasó.

Nos quedan y le quedan al autor preguntas clave sobre las relaciones entre la política y las demandas sociales, sobre las condiciones y posibilidades de acordar terrenos de juego

compartidos, sobre los peligros de entrelazar nacionalismo y conflicto civil, sobre las condiciones, pacíficas o violentas, del cambio histórico. Sobre qué entendemos por cambio histórico y cómo ocurre. Preguntas mayores que alientan un libro que se lee como lo que es: un apasionante relato de potente vigor analítico que contiene nuevas formas de preguntarse y entender en qué consiste la historia y cómo podemos lograr que sea legible e interesante más allá de nuestras fronteras profesionales. Nada que ver aquí con el autismo “post” que, si en su momento nos hizo cuestionar muchas convenciones obsoletas, ahora se asfixia intelectualmente en la teatralidad, la jerga insufrible y la ley inexorable de los rendimientos decrecientes. ~

ISABEL BURDIEL es catedrática de historia contemporánea de la Universidad de Valencia. Es autora de *Isabel II* (Taurus, 2010) y, más recientemente, de *Emilia Pardo Bazán* (Taurus, 2019).

HISTORIA

Suspiros de América en la España de ayer

por **Manuel Arias Maldonado**



Juan Francisco Fuentes
BIENVENIDO, MISTER
CHAPLIN.
LA AMERICANIZACIÓN DEL
OCIO Y LA CULTURA EN LA
ESPAÑA DE
ENTREGUERRAS
Madrid, Taurus, 2024, 496 pp.

Uno de nuestros más destacados historiadores se ha animado a escribir un libro original sobre un tema fascinante: la influencia que ejerció en España la cultura norteamericana de masas en las décadas de los veinte y treinta del siglo pasado. Esa recepción tiene lugar en el marco de la contradictoria modernización de un país que pasa de la monarquía a la república, mediando

sucesivamente una dictadura y una dictablanda, antes de enzarzarse en una sangrienta guerra civil que anticipa la segunda contienda mundial y sin embargo llegaba—si se considera que la Revolución rusa había tenido lugar en 1917 y Mussolini tomó el poder en 1922— a destiempo. Pero la asimilación española de aquella incipiente cultura de masas, que se expresa en fenómenos tales como los rascacielos, el cine o el jazz, solo puede entenderse cabalmente si se conoce el país a donde llegan: su historia reciente, sus corrientes ideológicas, sus transformaciones sociales. De ahí que Juan Francisco Fuentes ofrezca aquí mucho más que un documentado y ameno estudio sobre la influencia estadounidense en la España del primer tercio de siglo; su libro es asimismo una completa síntesis de la trayectoria de nuestro país entre finales del siglo XIX y el estallido de la Guerra Civil.

Explica Fuentes que tuvo la idea de hacer el libro mientras escribía *La generación perdida* (Taurus, 2022), que gira en torno a una encuesta realizada por el periódico *El Sol* en 1929 donde se preguntó a un conjunto de jóvenes españoles por sus gustos y opiniones. Las respuestas daban cuenta de la relevancia de la cultura americana en la conformación de sus expectativas vitales, en claro contraste con la visión negativa de los Estados Unidos reinante entre quienes vivieron la derrota en la Guerra de Cuba como un desastre nacional. Aquella juventud optimista estaba fascinada con el estilo de vida norteamericano; al menos, por lo que del mismo se traslucía en los productos culturales que llegaban a España. Y ello al margen de ideologías: también los simpatizantes de izquierda consideraban a Estados Unidos un país más dinámico e interesante que la plúmbea Unión Soviética de Lenin y Stalin. Todo eso cambiaría con el franquismo primero y la Guerra Fría después; el capitalismo yanqui se convertiría en una amenaza contra las esencias patrias y en enemigo jurado del

comunismo oficial. Durante el periodo de entreguerras, sin embargo, produjo un “efecto fulminante” sobre la cultura española en el momento de su rejuvenecimiento. En estas brillantes páginas encontrará el lector interesado todo lo que necesita saber al respecto e incluso un poco más.

Y lo primero que debe saber es que el federalismo norteamericano despertó el interés de los federalistas españoles a mitad del siglo XIX, cautivados por aquella utopía democrática que los liberales peninsulares preferían rechazar por su aparente tendencia al desorden. En todo caso, fue la Guerra de Cuba la que modificó la percepción del gigante americano: España pasó a verse de golpe como ejemplo paradigmático de las *dying nations* teorizadas por lord Salisbury, derrotada con facilidad por una potencia emergente llamada a dominar el nuevo siglo. Fuentes ha hecho un completo trabajo de archivo y se complace en ofrecer una visión detallada de las reacciones de los distintos sectores sociales a la derrota bélica; aunque habrá quien encuentre su método demasiado prolijo, es la acumulación de materiales la que proporciona densidad al conjunto y permite al lector sumergirse en la época que se le describe. Aprendemos así que la expresión despectiva “Yanquilandia”, que tendría éxito y larga vida, aparece por vez primera en un artículo de Mariano de Cavia publicado en abril de 1898: el término era sin embargo invención de un indignado lector anónimo que resultó ser nada menos que don Miguel de Unamuno.

Señala el autor que el desastre cubano generó un nacionalismo español ajeno a la nación de ciudadanos de cuño liberal al tiempo que el People’s Party liderado por William Bryan inventaba el populismo al otro lado del charco. También surge entonces un fenómeno españolísimo: el nacionalismo periférico de carácter identitario –en el País Vasco y Cataluña– que detesta a una España identificada

con el pasado e incapaz de replicar el éxito de potencias como los rutilantes Estados Unidos. Tal era la potencia simbólica del sueño americano, que el resto del mundo temía su “americanización”; el debate consiguiente sobre sus bondades se reprodujo en una sociedad española que se modernizaba a buen ritmo pese a sus disfunciones políticas. Son del máximo interés los testimonios de los españoles que emigraban a Estados Unidos y escribían a sus familiares, asombrados por las diferencias que encontraban con nuestro país, al igual que la peripecia de artistas e intelectuales que hicieron las Américas con éxito desigual: el famosísimo Blasco Ibáñez, el reputado Sorolla, los más discretos Juan Ramón Jiménez o José Castillejo.

Fuentes identifica con acierto el papel determinante que juega en este proceso la moral hedonista inherente al *American way of life*, que invitaba sin ambages al consumidor a pasarlo bien con objeto de olvidar la dureza inevitable de la vida cotidiana. Otra cosa es que esa invitación pudiera aceptarse, como señala el autor: “Conviene distinguir entre la incidencia, muy limitada, de la americanización en la vida real de los españoles y la poderosa influencia que tuvo en sus fantasías colectivas.” Si uno vivía en Plasencia, quizá no podía pasar la noche en un “bar americano” escuchando a una banda de jazz y bebiendo Coca-Cola, pero eso no le privaba de desearlo. No en vano, se hablaba de la Gran Vía madrileña como de una réplica de la Quinta Avenida de Nueva York pese a que los rascacielos de nuestra capital eran pocos y de menor envergadura que los de Manhattan. Dicho esto, Fuentes destaca la pujanza de nuestras ciudades medianas y pequeñas en el primer tercio del siglo XX: así que cuidado con Plasencia.

Una parte importante de la agenda del ocio estadounidense tenía que ver con el cine, o sea con aquel Hollywood de los pioneros que el escritor ruso Iliá Ehrenburg –recurrente en estas

páginas– había bautizado como “la fábrica de sueños”. La joven industria norteamericana supo competir con el también pujante sistema francés; las películas de Chaplin fueron mucho más populares que los seriales de Louis Feuillade y Hollywood supo explotar las pasiones que despertaba la vida privada de sus estrellas. El exotismo del *western* o el cine de aventuras, los clásicos tempranos de D. W. Griffith y, por supuesto, el popularísimo Charlot: Fuentes no solo da cuenta de la entusiasta reacción que provoca este nuevo imaginario en el público español, sino que dedica páginas absorbentes a rastrear su formidable impacto sobre los autores de la Generación del 27. Aquella “generación del cine y los deportes”, como la llamó Luis Gómez Mesa, abrazó el cine mudo con fervor y lo asoció con el cultivo de la vanguardia poética. Además de dividir sus afectos entre el Charlot de Chaplin y el Pamplinas de Keaton, saludaron la llegada del jazz y se abandonaron a un optimismo que la Gran Depresión –así como la profanación que para muchos supuso el cine sonoro– vino a cortar en seco.

La radicalización ideológica que definiría la década de los treinta en España convivía con la penetración del imaginario estadounidense; la segunda mitad del libro constituye un verdadero *tour de force* en el que se alternan e imbrican el cine sonoro y la proclamación de la II República, las noticias sobre el New Deal y la Revolución de Octubre, el protagonismo de un nuevo tipo de mujer en las comedias *screwball* y la violencia contra los adversarios ideológicos. Son reveladores los pasajes en los que el autor rastrea el influjo del cine de gánsters de comienzos de los años treinta en el lenguaje político español: del “gangsterismo” al “paseo” durante el que se ejecuta al condenado. Y, al igual que sucede con el contraste entre el viaje de Alfonso XIII a Las Hurdes y el famoso documental de Luis Buñuel, el libro del citado Ehrenburg sobre España

sirve a Fuentes para poner de manifiesto la distancia que mediaba entre la España posible y la España real. Cuando llega la guerra que casi nadie quiso o supo evitar, Hollywood se puso del lado de la República, lo que tal vez ayude a explicar la popularidad de la cultura de masas norteamericana en la retaguardia republicana. ¿Acaso el mono azul de los milicianos se inspiraba en el peto que Buster Keaton lucía en alguna de sus películas?

Es comprensible que los intentos del primer franquismo por desamericanizar el ocio y la cultura apenas lograsen su objetivo. Y aunque luego vendrían la entente anticomunista y el señor Marshall, el antiamericanismo conservador no ha desaparecido del todo. Claro que también la izquierda ha mantenido hasta hoy una relación ambivalente con “Yanquilandia”, hacia la que suele dirigir más reproches que alabanzas: todavía hoy exigimos a las ciudades estadounidenses que sean como las europeas. Quien desee conocer las raíces históricas y culturales de ese fenómeno, conociendo mil y un divinos detalles por el camino, tiene ya libro de cabecera. ~

MANUEL ARIAS MALDONADO es catedrático de ciencia política en la Universidad de Málaga. Este mes publica *(Pos)verdad y democracia* (Página Indómita).

ARTÍCULOS

Gaziel habla de libros

por **Úrsula Carrasco**



Gaziel
PLÁTICAS LITERARIAS
Edición e introducción de
Francisco Fuster
Madrid, Cuadernos de Obra
Fundamental, Fundación
Banco Santander, 2024,
232 pp.

Agustí Calvet Pascual, Gaziel (Sant Feliu de Guíxols, 1887-Barcelona, 1964) fue uno de los periodistas más destacados de la primera mitad del

siglo xx. Para Josep Pla, fue “la figura más señera del periodismo peninsular durante casi un cuarto de siglo”; para Augusto Assía, “el escritor más lúcido que ha dado España entre las dos grandes guerras”. El historiador Josep Benet también considera que es “uno de los personajes peor conocidos, incomprendidos y difamados” del siglo pasado catalán. Entre quienes lo han reivindicado está Xavier Pericay, que lo incluía en sus *Cuatro historias de la República*. Corresponsal, director de *La Vanguardia* entre 1920 y 1936, escritor en catalán y en castellano, fue autor de libros de juventud como *Diario de un estudiante en París* y de clásicos de madurez como *Meditaciones en el desierto*.

En *Pláticas literarias*, Francisco Fuster, profesor de historia contemporánea en la Universidad de Valencia, presenta una selección de una faceta menos conocida de Gaziel: sus textos sobre escritores, publicados en *La Vanguardia* y *El Sol*. El volumen se divide en cuatro partes: Literatura universal, Literatura hispánica, Literatura catalana y Pláticas artísticas. En cierta manera, la idea estética de este liberal afrancesado, burgués, culto, se puede intuir en esta cita de “Literatura de guerra: la verdad sospechosa”, que recoge Fuster en su prólogo: una obra literaria es o debiera ser “algo así como un traje que no sirve para mostrar la desnudez del cuerpo sino para encubrirlo, y no da tanto una representación en sí misma de la figura humana como una interpretación suya de acuerdo con la sensibilidad de una época determinada”.

A veces un acontecimiento es la ocasión de la escritura, y la pieza no se reduce al análisis literario. Así, una representación de Shakespeare en el Teatro Romea estimula un análisis entre costumbrista y sociológico, si es que hay diferencia entre una cosa y otra: “Yo nunca he podido comprender por qué razón algunos catalanes han dado en llamar a

ese teatro ‘nuestro teatro nacional’. Eso no es tener ni la más vaga idea de lo que toda verdadera nacionalidad implica. Yo más bien lo llamaría ‘nuestro teatro familiar’ o ‘nuestro teatro doméstico.’” Es una sociedad, sostiene, que se parece más a *Papá Goriot* que a *El rey Lear*. Escribe sobre Joseph de Maistre (“con ese hombre y esa alma de tan extraordinario vigor, lo interesante no es el metal, es el temple”), sobre Goethe o sobre Stendhal. “Lo mismo que los odios y las antipatías, las admiraciones pueden ser también ciegas”, señala, en el texto que dedica al autor de *La cartuja de Parma*. “Los personajes stendhalianos hacen todo lo que los tipos románticos suelen renunciar a hacer. Y, por eso, precisamente, son más peligrosos y mucho más románticos todavía que aquellos.” Lord Byron se le hace ilegible, fue sobre todo una “libérrima juventud desbordada”. Flaubert es el hombre que se juega la vida por la inmortalidad literaria. “¿Vale la pena de jugar algo tan bello y seguro por algo tan turbio e incierto?”

Esa inmortalidad es turbia e incierta porque depende de una recepción caprichosa, y esa cuestión de la recepción es central en la lectura perspicaz y delicada de Gaziel. ¿Cuál será el destino de Ibsen, y cómo contaminan la fama y el escándalo la obra de un autor? Le interesan rusos, franceses, lee a Tolstói a la luz de la Revolución bolchevique y cifra la originalidad de Pirandello en la “concentración dialéctica”, que por otra parte produce un “teatro esencialmente sofisticado”. El estilo de Proust “no es como una fuente límpida y cristalina; es, más bien, como un denso y cargado licor, un líquido pastoso, lleno de especias y reminiscencias de sutiles aromas”: podría decirse que es un crítico sinestésico, que aproxima la literatura a la música y la pintura. Al hablar de Valéry, señala la diferencia entre el arte y la democracia: un error del momento es “suponer que también en poesía los votos son triunfos”. La

democracia es el triunfo del antiindividualismo, mientras que el gran arte es la esencia del individualismo. Aprende versos para protegerse de las imbecilidades cotidianas y de Chesterton le irrita que sustituya el pensamiento por la paradoja.

Habla de la publicación póstuma (“Es como si al morir una mujer muy amada, un confidente indiscreto nos ofreciese la ocasión de introducirnos en el *boudoir* más íntimo de la desaparecida tal como ella lo dejó, tal como ella jamás hubiese consentido que lo viera nadie, en su desarreglo matutino y recóndito, con los potes de carmín, las esencias, los lápices y cepillos, y otros mil secretos que contribuían a preparar y realzar su fascinadora belleza”), en un hermoso e inteligente ensayo sobre Eça de Queiroz que termina con este párrafo asombroso: “Hay venas literarias que se perpetúan a través del tiempo, como los linajes. La risa de Rabelais, esencialmente racionalista y *gauloise*, se prosigue en la risa de Molière, tan lógicamente sensata y tan sabrosa. La ironía diamantina de Voltaire cambia de montura, pero se conserva tan lúcida en Anatole France. Yo no sé qué tiene a veces Goethe de pastoso y casero que parece de Hans Sachs. En el sentimentalismo de Dickens hay un matiz de irritabilidad y de indignación violenta que proviene de Swift. La blanda elegancia de Ariosto está mucho más emparentada de lo que a primera vista parece con la bucólica ternura virgiliana. Si el manantial representado por las risas de Cervantes y de Eça de Queiroz debiese exportar sus aguas

por el mundo, las etiquetas podrían muy bien distinguirse por este nombre registrado: Risa Peninsular.”

El artículo que dedica a Cervantes, sobre la relación del escritor alcalaíno con Cataluña, es brillante, con observaciones sugerentes sobre el tratamiento del paisaje. “En el gran acorde peninsular ibérico, Castilla representa y ha representado siempre, de manera eminente, el relieve de la personalidad individual, y Cataluña, el imperio de la masa”, sostiene. Escribe sobre Blasco Ibáñez, sobre Pío Baroja (con revisión), del bohemio “de pluma y espada” Gómez Carrillo, de los Álvarez Quintero, de la visión de Cataluña de autores castellanos. Escribe que “las tras grandes erres europeas –el Renacimiento, la Reforma y la Revolución– resbalaron por encima de su costra, casi sin arañarla siquiera, la verdadera ‘reacción’, en el sentido dinámico de la palabra, es la del liberalismo”.

El espíritu valorador, el juicio crítico y el ingenio expresivo también están presentes en los ensayos sobre autores catalanes de su tiempo (los catalanes: “reputados de gente práctica y aferrada al negocio, pero escandalosamente sentimentales en el fondo”), donde se ve con más claridad su intento de establecer órdenes, genealogías, jerarquías. “Aribau fue un precursor que no se dio cuenta del mensaje que le habían confiado”, escribe; y concluye el artículo sobre Ángel Guimerá describiendo una cripta que representa las aportaciones de los autores de la *Renaixença*. Escribe de Verdaguer, Narcís Oller, Josep Carner, Joan Maragall, Pompeu Fabra. No le da miedo contradecirse: si Cataluña era la masa, también es una “tierra de los meteoros”, personalidades desmesuradas, libérrimas, acusadísimas (como Gaudí). Y encuentra iluminaciones en los contrastes, como los que establece entre Durero y Picasso. ~

ÚRSULA CARRASCO es periodista y escritora.

POESÍA

Dos libros de Berta García Faet

por Bárbara Mingo Costales



Berta García Faet
EL ARTE DE ENCENDER LAS PALABRAS
Valencia, Barlin Libros, 2023,
224 pp.



CORAZONADA
Barcelona, La Bella Varsovia,
2023, 360 pp.

En el plazo de un par de semanas del otoño pasado, Berta García Faet publicó dos libros que, siendo cada uno por su cuenta único y extraordinario, por esa contigüidad podrían verse como complementarios. *Corazonada*, en La Bella Varsovia, editorial donde García Faet lleva otros cinco libros publicados, es un libro de poesía –de poemas, uno detrás de otro–, mientras que *El arte de encender las palabras*, publicado por Barlin Libros, es un tratado sobre la poesía –sobre cómo operan las palabras, cuando se ordenan y combinan de determinada manera, después de haber sido convocadas en ciertos términos–. ¿Podría entonces leerse el primero como ilustración del segundo? ¿Representa uno la práctica y el otro la teoría? Si se leen más o menos a la vez es posible encontrar entre ellos una especie de juego entre el positivado y el negativo, pero lo curioso es que el juego doble también se da si a cada uno lo comparamos consigo mismo. En el libro de poemas se trasluce una evidente consciencia de lo que se está haciendo, sin que lo cerebral llegue a aturdir nunca lo vital, y el tratado se aborda con más impulso poético que deje académico. Me gustaría decirlo de manera más sencilla: se puede deducir una poética del primero; el segundo es también un largo poema.



Corazonada tiene 350 páginas. Es una longitud llamativa salvo cuando se trata de una *poesía completa*. Lo componen poemas de distintos años, los más antiguos de 2010. Sostienes el libro en las manos y parece una novela. Y se puede leer prácticamente de una tacada y como si fuese una novela. Muchos de los poemas son largos y se extienden, tirando a río torrencial. Hay escenas, localizaciones y personajes, pero la verdadera progresión narrativa la encontramos aquí en el propio desarrollo de las palabras, a las que la autora anima abiertamente a que se expresen por sí mismas y nos ofrezcan su pequeña representación. Nabokov decía esa evidencia no tan evidente de que se escribe con palabras, y no con sentimientos. Parece una declaración muy fría. Pero según como se usen las palabras pueden asfixiar el sentimiento genuino que inspiró el deseo de escribirlas. ¿Será una venganza por no sentirse respetadas? A lo que hay que aspirar es a que cuando escribimos *corazón*, esa palabra sea un corazón verdadero. *Que* puede seguir palpitando durante siglos. *Que* las palabras se puedan encender, y que haya un arte para hacerlo, sin duda tiene que ver con eso. Uso este ejemplo del corazón por el título del libro y porque la autora, creo que en el ensayo, ofrece una lista de las palabras que más usa en su escritura, y *corazón* es la primera. En *Corazonada*, las

palabras parecen confiadas, y se dejan usar de muchas maneras. A veces por su sentido convencional, a veces por su sonoridad y sus sílabas, a veces por el campo semántico al que pertenecen y por simpatía con otras palabras contiguas; a veces una frase hecha, por la variación en una sola letra o por haber cambiado las palabras de sitio, quiere decir otra cosa, y lo que resulta va más allá del juego ingenioso y consigue revelar algo de la vida, que de otra manera no habría conseguido abrirse paso. Es de verdad como si viésemos las palabras sobre un pequeño escenario, animadas por la autora a que canten su canción. Si están a punto de trastabillarse o de decir un lugar común –habituadas como están a que solo se espere de ellas clichés–, la autora les da un pequeño papirotazo y todo sigue. Busca cómo colocar cada palabra donde mejor le dé la luz.

Las referencias a la poesía clásica, a la tradición o a la traducción, están en los dos libros. La familiaridad que tiene la autora especialmente con la literatura anglosajona va a favor de la idea goetheana de que no existen las literaturas nacionales, que la poesía es una sola. Muchas veces se encarga ella misma de traducir los poemas de otros autores que le sirven para ilustrar las intuiciones que expone en *El arte de encender las palabras*. Esta de un poema de Harryette Mullen es un ejemplo de su estupendo oído sinestésico: “da red

/ yell ow / bro won t / and orange you / bay jaun / pure people / blew hue / a gree gree in / viol let / purepeople / be lack / why it / pee ink”, que en su versión dice: “en carne hado / amaré yo / ¿o crees / mandar rimas? / véis / por pura / haz ululada. / ved, debed / violentad / pupas. / os curo, / blandos. / roo, sacio”. Algo natural sería acabar leyendo estos libros en voz alta, para adivinar las especiales cadencias de la autora y acompañarse con ellas.

El arte de encender las palabras, que tiene poco más de doscientas páginas, destaca también por su aspecto. La disposición de las notas al pie remeda el sistema de glosas medievales; aparte de darle un aire muy encantador al libro y de avisarnos en un primer vistazo de que se nos exigirá (u ofrecerá) una manera de leer un poco más graciosa, “pretende crear un *juego* entre el cuerpo del texto y las intuiciones-convicciones-enamoramientos-corazonadas que de él se desgajan, a modo de cascada de ideas”, como ha sido decisión de la autora y según explica el editor en una nota al final del libro. Poco antes, la autora ha propuesto una lista de definiciones de la poesía bajo el título de *La poesía es...* Una de ellas dice: “diría que cualquier cosa puede ser una vela si tratas bien de encenderla”. ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. Su libro más reciente es *Loro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza, 2023).

LETRAS LIBRES

BUSCA TODOS LOS
NÚMEROS PASADOS
EN NUESTRO ARCHIVO DIGITAL.

WWW.LETRASLIBRES.COM